



## MITO Y RITUAL EN LA CIVILIZACION AZTECA

*Oswaldo Silva Galdames\**

### INTRODUCCION

**T**odos los pueblos poseen narraciones, orales o escritas, que se traspasan de generación en generación. *Mitos y Leyendas* representan la historia de un determinado grupo. Los primeros relatan acontecimientos ocurridos en un mundo temporal y espacialmente distinto al que pertenecen los hombres que los exponen. Sus protagonistas son, normalmente, dioses o semihéroes, cuya acción se asocia a la creación del universo y al origen de los conocimientos adquiridos por sus creaturas. Tras dichos eventos se desenvuelve el ritual ceremonial, acto mediante el cual, según expresa Mircea Eliade (1951: 9), se manifiesta una rebelión.

contra el tiempo concreto, histórico: (y) su nostalgia de un retorno periódico al tiempo mítico de los orígenes.

señalando en el fondo, un rechazo hacia la historia real, a una historia sin arquetipos que reflejen la verdadera posición de esa sociedad en el contexto regional.

El mito entonces pasa a ser el espejo del sistema *cognitivo* o de la *ideología* imperante en una determinada etnia. Schwimmer (1982: 52) comenta este fenómeno diciendo, que

Ante todo, los mitos están relacionados con la experiencia y la explicación de las fuerzas incontrolables de la naturaleza. Los personajes cuyas hazañas aparecen descritas en los mitos, muestran de manera característica una eficacia religiosa orientada al control de determina-

\*Profesor de Prehistoria de América y de Chile, Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Chile, Santiago.

dos aspectos de la naturaleza. Dentro del contenido narrativo de los mitos, a menudo encontramos a tales personajes interactuando entre sí sobre el modelo de actuación de los seres humanos ordinarios, pero no hay que olvidar que, incluso, entonces estamos recibiendo una explicación del origen del fuego, o de la muerte, o de determinadas plantas y animales, o de instituciones tales como la guerra, el matrimonio, el sacrificio, etc.

Eliade, por su parte, explica que en la mentalidad arcaica la realidad sólo es tal en la medida que participe de otra que la trascienda. El hombre agrega,

no conoce ningún acto que no haya sido planteado y vivido anteriormente por otro, *otro que no era hombre*. Lo que él hace, *ya se hizo*. Su vida es la repetición ininterrumpida de gestos inaugurados por otros (1951: 15).

de donde se deriva que toda la ideología se fundamenta en la repetición, la imitación de un modelo "celestial", encarnado en el ritual que duplica lo que las deidades ya realizaron en los principios del mundo. La *eficacia* de tal recreación depende de su exacta similitud con los hechos ejecutados por las divinidades.

El mito expone, al mismo tiempo, la situación política, social y económica de una sociedad; sus logros científicos, las normas legales y el sistema educacional. De ahí que sea manipulado, trastrocado y reformulado a fin de reforzar la posición que ella ha alcanzado en el devenir histórico concreto.

La leyenda, por el contrario, tiene como escenario el mundo actual, pero se refiere a acontecimientos pretéritos protagonizados por seres sobrenaturales o humanos que, de algún modo, han repercutido en el presente, pasando, por tanto, a ser parte de la ideología y del ritual.

## LA ASOMBROSA HISTORIA MEXICANA

Dentro del panorama de las civilizaciones americanas la religión de los aztecas<sup>1</sup> es, quizás, la más difícil de describir y analizar debido a que constituye una síntesis del pensamiento mitológico mesoamericano, combinado con los profundos cambios experimentados, en un lapso relativamente corto, por su historia. De una oscura tribu seminómada que deambulaba por las áridas montañas del norte de México, pasó a ser confederada de los toltecas, con quienes terminaron mestizándose<sup>2</sup>. Convertidos en agricultores reiniciaron la peregrinación que los conduciría al valle de México donde sufrirían ignominias

<sup>1</sup>El gentilicio azteca proviene de una leyenda forjada en la época imperial. Según ella, los *mexicas* o *tenochcas* como se autodenominaban, provenían de *Aztlán*, el mítico sitio donde las garzas levantaban el vuelo al amanecer. De tal modo quisieron disimular sus oscuros orígenes y hacerse partícipes del "modelo celestial" al entroncarse con los dioses creadores.

<sup>2</sup>Los *mexicas* se apoderaron de Tula, la capital tolteca, aprovechando una lucha interna entre las

tras ignominias hasta ser relegados a una inhóspita isla del lago Texcoco. Allí forjarían el extenso imperio destruido por los españoles.

Los fracasos y éxitos aztecas plasmaron mitos y leyendas cuya finalidad era justificar su condición de *pueblo escogido* que elevó a su deidad tribal *Huitzilopochtli* a la cúspide del panteón mesoamericano, al mantener cautivos en la orgullosa ciudad imperial a todos los dioses de los pueblos vencidos.

## LA COMPLEJA IDEOLOGIA AZTECA

Considerándose herederos de la larga tradición mesoamericana, sacerdotes y dignatarios se dieron a la tarea de reelaborar la mitología para reflejar la nueva situación histórica concreta, debiendo jerarquizar el antiguo universo celestial, fundiendo atributos de divinidades similares y colocando a *Huitzilopochtli* en el sitio de privilegio que le correspondía. En este proceso se originaron contradicciones que, de algún modo, influyeron en el ánimo del último monarca, Moctezuma II, derivado de la subsistencia de ciertos mitos que, en su estado original, contradecían la labor de *sincretismo* en que se hallaban empeñados los sacerdotes<sup>3</sup>. La mezcla de mitos y rituales explica por sí misma el vastísimo número de clérigos embebidos en la ardua labor de absorber el antiguo pensamiento religioso, la historia personal de cada deidad y sintetizarlos de modo que no opacasen el brillo alcanzado por *Huitzilopochtli*. Así surgió una religión oficial, que sólo era comprendida por los iniciados, en la cual se integraron todos los elementos que alguna significación dogmática habían poseído en el pasado. La complejidad de ésta contrastaba con la simplicidad del culto practicado por los pueblos vencidos y las costumbres tribales conservadas por el hombre común que vivía entre los canales y chinampas de su calpulli.

El grado de abstracción filosófica lograda por los mexicas les llevó a concebir un principio inmaterial que siempre existió. Le llamaban *Pareja Suprema*, conformando una dualidad masculina, *Ometecuhli*, y femenina, *Omecihuatl*, quienes no tenían origen ni fin. Carecían de templos y ritos ceremoniales. Habían

---

dos fracciones que componían aquella civilización. El hecho dio origen a la *Leyenda de Quetzalcóatl*, narrando que éste, permanentemente acosado por Tezcatlipoca, cayó ante una de sus tentaciones. Avergonzado decidió dejar Tula dirigiéndose, con sus partidarios, hacia la costa del golfo de México para perderse en el oriente luego de prometer volver algún día. La historia real, refrendada por la arqueología, indica que un grupo tolteca abandonó su urbe encaminándose al valle de México, desde donde sus antagonistas los obligarían a buscar refugio cada vez más al sur hasta asentarse en la península del Yucatán. Durante este largo período de luchas, la ciudad quedó habitada sólo por ancianos, mujeres y niños, situación que permitió a los aztecas entrar en ella, contraer matrimonios mixtos, aprender tecnologías y conocimientos, y llegar a sentirse herederos de la tradición tolteca que, a su vez, lo era de la teotihuacana. De allí el natural entronque entre las tres culturas que conforman la gran civilización náhuatl.

<sup>3</sup>Especialmente importante al respecto fue la leyenda de Quetzalcóatl y su promesa de regresar. Ella influyó para que los españoles, en un primer momento, fuesen confundidos con la deidad que retornaba.

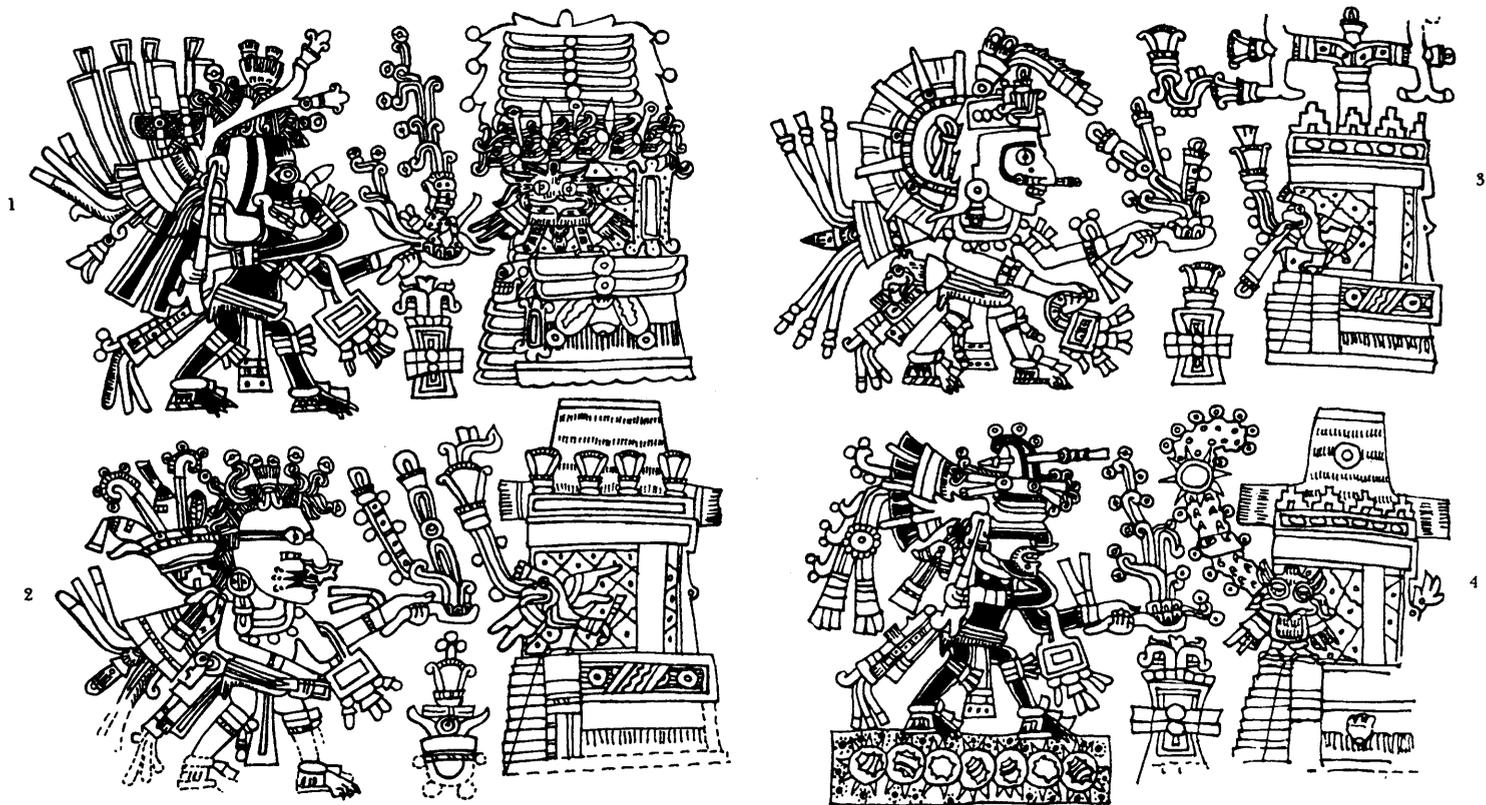


Figura 1. Los cuatro puntos cardinales: 1. El Sur, 2. El Oeste, 3. El Este, 4. El Norte. Cada uno de los puntos cardinales está simbolizado por un templo y un sacerdote que blande un incensario. (Códice Cospi de Bolonia).

engendrado a cuatro divinidades, creadores de los otros dioses, el universo y la humanidad. Al comienzo representaban los puntos cardinales pero, después, fueron asociadas a deidades tribales.

Imaginaban al mundo como una cruz cuyas cinco direcciones (norte, sur, este, oeste y centro) gozaban de valor cabalístico. A los extremos se les identificaba con los colores negro, azul, rojo y blanco, respectivamente. El centro, en cambio, constituía la morada de *Huehuetéotl*, dios del fuego.

Sobre la tierra se hallaban trece cielos: en el superior habitaba la Suprema Pareja. Nueve infiernos, surcados por tenebrosos ríos, se localizaban bajo el planeta.

La documentación temprana nos informa el resultado de dicho sincretismo.

*Quetzalcóatl*, la serpiente emplumada, cuya figura parece remontarse a la civilización olmeca, fue, entre los teotihuacanos, el símbolo de la fertilidad de la tierra. En la leyenda de los cinco soles aparece como uno de los dioses creadores; luego él mismo se transforma en personaje central de otra leyenda originada, posiblemente, en un grupo escindido de los toltecas. Más tarde se le identifica con el dios del viento, de la vida, de la mañana, el planeta Venus y un héroe civilizador. Se le asigna un hermano gemelo, *Xólotl*, que representa al Venus vespertino y se le asocia con el oeste.

*Tezcatlipoca*, el espejo que humea, fue dios tribal de los toltecas. Encarnaba al cielo nocturno, al norte de color negro, a la luna, los hechiceros, los salteadores y todo lo que expresaba maldad, destrucción y muerte. Era patrono de los guerreros y de los príncipes. Se le atribuía la invención del fuego.

*Huitzilopochtli*, el colibrí de la izquierda, era el sol conquistador del mediodía, la reencarnación del astro, padre de los aztecas y guardián del sur. Se le adoraba sólo en Tenochtitlán.

*Metztl*, la luna; *Mixcóatl*, la serpiente de nube, símbolo de la vía Láctea; las estrellas y los planetas completaban la lista de dioses celestes.

*Huehuetéotl*, el anciano encorvado que lleva sobre su cabeza un enorme brasero, es el dios viejo del fuego y como tal se le ubica al centro del universo. También *Tezcatlipoca* y *Huitzilopochtli* fueron asociados a dicho elemento.

*Tláloc*, el que hace brotar, señor de la lluvia y del rayo, debió ser uno de los más antiguos dioses mesoamericanos. Casado con *Xochiquetzal*, diosa de las flores y del buen querer, que le fue arrebatada por *Tezcatlipoca*, desposó más tarde a *Matlalcueitl*, la de las faldas verdes. Presidía a las divinidades de la lluvia, los tlaloques que habitaban en las altas montañas. Su hermana *Chalchiuhtlicue*, la de la falda de jade, reinaba sobre las aguas dulces y el mar, donde también imperaba *Huixtocihuatl*, deidad de la sal. Posiblemente era hija de *Tláloc*.

La fecundidad vegetal y humana estaba representada por las diosas *Chicomecóatl*, madre del maíz *Centéotl*, quien aparece con otros nombres bajo su aspecto de mazorca joven y mazorca seca. *Xochipilli*, príncipe de las flores, era patrón del verano, los bailes, los juegos y el amor. *Mayáhuel* era diosa del maguey, casada con *Patécatl*, señor de la medicina. *Xipe Tótec*, nuestro señor el desollado, representaba la primavera y era patrón de los orfebres. Se le cubría con la

piel de las víctimas, símbolo de la resurrección vegetal. Se le asociaba con el este.

Las tinieblas y, por ende, la muerte, también tenían sus representantes. Los presidía *Mictlantecuhtli*, señor de los muertos, al que acompañaban murciélagos, arañas y búhos.

La tierra en su doble función de dar vida y provocar la muerte se encarnaba en una deidad femenina que aparecía bajo tres aspectos: *Coatlicue*, la que lleva una falda de serpientes, era madre de dioses, especialmente de Huitzilopochtli; *Cihuacóatl*, la mujer serpiente, es también la *llorona* que carga durante la noche los cadáveres de los niños cuyas madres fallecieron al dar a luz; *Ixcuina*, diosa de las cosas inmundas, devora los pecados de los hombres, dejando sus almas limpias tras la confesión con sus sacerdotes.

La mayoría de las divinidades anteriores provenían de otras regiones de Mesoamérica y fueron incorporadas al panteón azteca. Con excepción de Huitzilopochtli se veneraban en todo el imperio junto a las deidades locales.

## LAS PRINCIPALES FUENTES SOBRE EL RITUAL AZTECA

Los primeros testimonios acerca de ritos, ceremonias, templos y ornamentos sacerdotales se hallan en las *Cartas de Relación* enviadas por Hernán Cortés al emperador Carlos V y en *La verdadera historia de la conquista de la Nueva España* compuesta por Bernal Díaz del Castillo (1568). Su mérito estriba en que describen un sistema que estaba en completo funcionamiento; sin embargo, su valor disminuye por el desconocimiento de la verdadera ideología religiosa debido a la ignorancia de la lengua náhuatl y el prejuicio contra un politeísmo que, sostenían, sólo podía ser obra del demonio.

Fueron los misioneros, interesados en destruir la fe pagana, quienes descubrieron el sentido de los mitos y su ritual: Los *Memoriales* de fray Toribio de Benavente, Motolinía (1555); *La historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme*, de fray Diego Durán (1581) y, esencialmente, la *Historia general de las cosas de la Nueva España* (1582) del padre Bernardino de Sahagún. A ellos deben agregarse códices y escritos de indígenas o mestizos postconquista. Destacan el *Códice Mendoza* (1533), el *Códice Azcatitlán*, la *Crónica Mexicayótl* de Fernando Alvarado Tezozómoc (1609), las *Obras Históricas* de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl de los primeros decenios del siglo XVII, y otras anónimas como los *Anales de Cuauhtitlán* o la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*.

## EL MITO Y LA LEYENDA DE LOS CINCO SOLES

Los aztecas recibieron de sus antecesores la creencia de que antes que la actual hubo cuatro humanidades regidas por una deidad transformada en sol para asegurar el desarrollo vital de sus creaturas. Todos habían desaparecido en medio de catástrofes provocadas por las propias divinidades.

El primer hacedor fue *Tezcatlipoca*, dios de la noche, quien moldeó gigantes dedicados a la recolección de vegetales por ignorar los principios de la agricultura. Tras 676 años, Tezcatlipoca, identificado por la constelación de la Osa

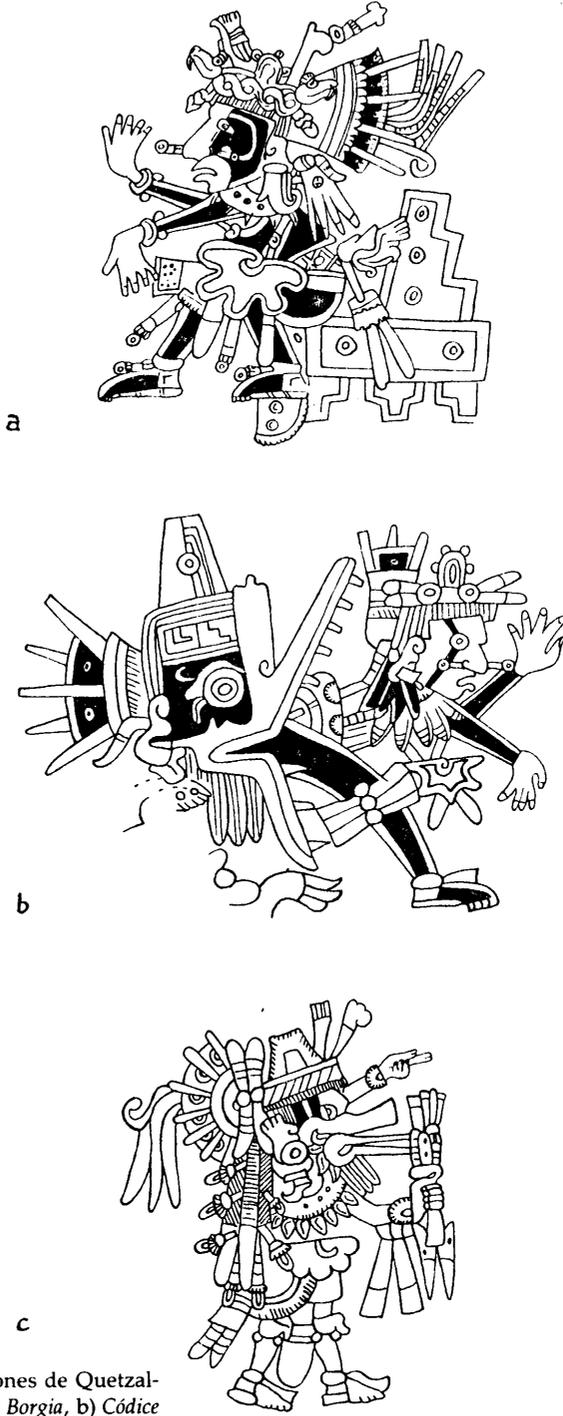


Figura 2. Representaciones de Quetzalcóatl según: a) el *Códice Borgia*, b) *Códice Borgia* y c) *Códice Nuttall*.

Mayor que posee la forma de tigre para los aztecas, fue derribado por un bastonazo propinado por *Quetzalcóatl*, su enemigo. El sol cayó al agua y se convirtió en jaguar, devorándose a los gigantes. Así se apagó la luz y la vida sobre la superficie de la tierra.

Quetzalcóatl se convirtió en el segundo sol y recreó la humanidad que, ahora, se alimentaba de piñones. Identificado como el viento fue, luego de transcurridos 364 años, derribado por un zarpazo del jaguar Tezcatlipoca. Su desplome provocó una tormenta eólica derribando árboles y diseminando a los hombres. Sólo salvaron unos pocos convertidos en monos.

*Tláloc*, dios de la lluvia, fue el tercer sol, dando vida a nuevos seres humanos que vivieron 312 años hasta que Quetzalcóatl lanzó una lluvia de fuego que los consumió. Los que sobrevivieron se tornaron en pájaros.

*Chalchiuhtlicue*, diosa del agua, conformó el cuarto sol. *Tláloc*, su hermano, desencadenó una lluvia de tal magnitud que destruyó todo con sus aluviones y avenidas. Unos pocos hombres, mutados en peces, lograron salvarse de la total extinción.

Quetzalcóatl, reunido con las demás deidades en Teotihuacán, decidió dar forma a otra humanidad. Bajó al mundo de los muertos para recoger los huesos de las generaciones pasadas, los molió y regándolos con su propia sangre dio vida a la quinta humanidad, la náhuatl, de la cual los aztecas eran sus representantes. Sin embargo carecían de sol. Las divinidades encendieron, entonces, una gran fogata a la que se arrojaron *Nanahuatzin*, dios ulceroso, y *Tecciztécatl*, ataviado con ricas joyas. Emergieron transmutados en sol y luna, respectivamente. Pero el astro se negó a moverse mientras los dioses no lo alimentasen con su sangre.

El mito de los cinco soles plasmaría toda la vida azteca. El sol adquirió actividad gracias al sacrificio de las deidades. El hombre, repitiendo un acto divino, debía mantenerlo en tal estado inmolando a sus congéneres. De ahí la vital importancia asignada al ritual como medio para conservar al mundo y su humanidad cuya subsistencia, en último término, dependía del flujo sanguíneo hacia los dioses creadores.

Habiendo acogido el mito, los aztecas hubieron de agregarle una leyenda con el propósito de ubicar dentro de él a Huitzilopochtli. Sostuvieron que reinando el quinto sol, *Coatlícue*, tras haber dado a luz cuatrocientos hijos (las estrellas) y una hija (la luna), se había recluido en el pueblo de Tulla<sup>4</sup> donde

hacía penitencia barriendo cada día en la sierra de Coatépec, y un día acontecióle que andando barriendo descendióle una pelotilla de pluma, como ovillo de hilado, y tomóla y púsola en el seno junto a la barriga, debajo de las (e)naguas y después de haber barrido (la) quiso tomar y no la halló de que dicen se empreñó (Sahagún; III, i).

<sup>4</sup>Probablemente se trate de Tula, la capital tolteca, confirmando el hecho de que las leyendas, en algún modo, se refieren a situaciones históricas.

Sus hijos, avergonzados, deciden matarla. Fue entonces cuando escuchó una voz que salía de su vientre advirtiéndole que no se atemorizara, que él la defendería. Y, en efecto, en el momento en que la luna y las estrellas se abalanzaron sobre Coatlicue, nació Huitzilopochtli armado con una serpiente de fuego que blandió sobre sus medios hermanos provocándoles la muerte.

Venciendo a las divinidades nocturnas Huitzilopochtli se incorporó a la categoría de deidad solar. Su figura legendaria enriqueció al mito y, simbolizando la hegemonía política de su pueblo, pasó a ser el sol del mediodía, el de las haces vigorosas que opacan al astro cuyo sacrificio había dado vida y movimiento a la quinta humanidad, surgida de un consenso divino alcanzado en la asamblea realizada, según narra el Códice Matritense<sup>5</sup>.

Cuando aún era de noche,  
cuando aún no había día,  
cuando aún no había luz,  
se reunieron,  
se convocaron los dioses  
allá en Teotihuacán.  
Dijeron  
hablaron entre sí:  
—¡Venid acá, oh dioses!  
¿Quién tomará sobre sí,  
quién se hará cargo  
de que haya días,  
de que haya luz?

De dicha interrogante derivó la inmolación de *Nanahuatzin*, el purulento, transformándose en el sol de la humanidad náhuatl relegado, ahora, a un lugar secundario por Huitzilopochtli.

Leyenda y mitología se fusionaron para explicar la victoria de la luz sobre las tinieblas y el posterior desquite de éstas, hecho cíclico que se reproduce eternamente; los seres humanos lo reviven reconstituyendo en la tierra los mismos actos atribuidos a los dioses en la trascendental decisión tomada en Teotihuacán, evento legendario por haber ocurrido en el mundo actual. Sin embargo, la influencia mítica de los orígenes les llevó a concebir cada nuevo amanecer como el triunfo de Huitzilopochtli sobre sus medios hermanos. Entonces era tomado victoriosamente en andas por los espíritus de los guerreros muertos en batalla o en la piedra sacrificatoria, paseándolo en gloria hasta alcanzar el cenit. Allí lo tomaban las almas de las mujeres fallecidas durante el parto, conduciéndolo hacia el ocaso donde cae, para renacer, una vez recuperado su vigor combativo absorbiendo el *chalchíuatl*, valioso fluido integrado a la sangre humana.

<sup>5</sup>Folio 191v. Citado por Miguel León Portilla (1961).

De ese modo los mexicas pasaron a ser hijos del sol y asumieron la misión de alimentarlo para evitar que sucumbiera definitivamente ante las deidades astrales nocturnas y la luna. Su éxito dependía de la cantidad de prisioneros de guerra a quienes pudiesen extraer el corazón. Ritual y mito pasan a justificar, entonces, una situación histórica concreta. Por razones económicas los aztecas debían expandir sus dominios hacia aquellas regiones que producían bienes distintos a los del valle de México, resultándoles más rentable adquirirlos vía tributaria. Dicha necesidad era disimulada mediante la leyenda que los catalogaba como hijos seleccionados por el astro para garantizar el flujo del precioso líquido que les aseguraba su propia supervivencia y, con ella, la de todo el universo mesoamericano.



Figura 3. Hallazgo del sitio en que se edificaría Tenochtitlán (*Durán*), cumpliéndose la profecía de Huitzilopochtli.

Huitzilopochtli había jugado un papel importantísimo en la historia azteca. El los había guiado en la larga peregrinación hacia el lugar donde, en medio de cañas y juncos, divisarían al águila que, posada sobre un nopal, devoraba una serpiente. Allí, profetizó, levantarían la ciudad que se transformaría en el centro del mundo dominado por sus fieles. El código Azcatitlán nos muestra cómo sacerdotes tribales, con sus espaldas curvadas, transportaban al pesado ídolo envuelto en un fardo, sosteniéndolo por una correa que afirmaban en la frente. Del extremo superior asoma el pico de un colibrí, *huitzilín*, emblema de Huitzilopochtli. Los sucesos históricos le llevaron a encarnar al sol y pasar a ser la principal deidad de la religión oficial mexica. Se le veneraba en la pirámide más alta de Tenochtitlán, el doble templo mayor, donde también se adoraba a Tláloc, evidencia de la creciente preocupación azteca por el vital elemento que nutría a la urbe de agua potable y de agua dulce en el sector del lago donde se levantaban las chinampas.

Sus sacerdotes supremos eran denominados *Quetzalcóatl-Tótec tlamacazqui* y *Quetzalcóatl-Tláloc tlamacazqui*. La cúpula dual de la jerarquía sacerdotal podría señalar una idéntica veneración a los respectivos dioses, hecho más o menos popular entre los otros pueblos del antiguo México.

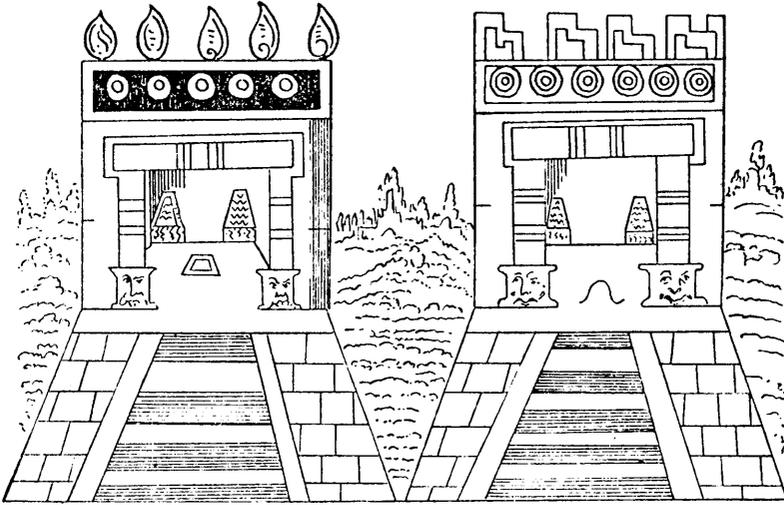


Figura 4. Los templos gemelos de Tláloc y Huitzilopochtli (*Durán*).

## EL SENTIDO DE LOS SACRIFICIOS HUMANOS

Las actividades rituales estaban rigurosamente decretadas en el *tonalpohualli*, calendario lunar. Tenía 260 días, combinando los veinte nombres de los días del mes azteca con los números del uno al trece. Ellos establecían la categoría de fasto, nefasto o neutro de cada día según los atributos de los dioses que los presidían y los horóscopos personales. Sacerdotes especializados se encargaban de confeccionarlos, interpretando el destino asignado a las personas por la Pareja Suprema; los *tonalpouhque*, como se les llamaba, indicaban también el momento propicio para celebrar ciertos actos vitales como ceremonias de iniciación, matrimonios, elección de jefes, partida de expediciones guerreras o comerciales y, por sobre todo, el instante en que debían honrarse los cientos de dioses.

La ceremonia más importante, dedicada naturalmente al sol, conmemoraba el día en que éste había iniciado su actividad y en el cual, de acuerdo a la trágica concepción cíclica de la historia, habría también de caer definitivamente. Se le denominaba *4 Movimiento*. Durante ella se sacrificaba a un prisionero

después de pintarle el cuerpo como a los dioses estelares, blanco con rayas rojas, *huahuantin*, le daban un báculo, una rodela y un envoltorio, en el que iban plumas de águila y pinturas blancas, y lo conducían al

templo donde, antes de subir, lo arengaban para que llevara al Sol esos objetos como presente y le rogara por la salud y buena suerte de los mexicanos. Subía el cautivo muy despacio la escalera del templo, deteniéndose en cada uno de los escalones para denotar el curso del Sol, y llegando arriba era sacrificado por los sacerdotes, sacándole el corazón y ofreciéndolo al astro. Todo el pueblo practicaba ese día el autosacrificio, sacándose sangre de las orejas y de otras partes del cuerpo, y guardando un riguroso ayuno hasta el mediodía. Por la tarde bailaban los nobles, adornados con sus mejores galas, porque ésta era una fiesta de los señores y especialmente de las órdenes militares de los caballeros águilas y tigres, que estaban dedicados al culto solar (Caso 1953: 89).

Ofrendas humanas a Huitzilopochtli como encarnación del sol de mediodía, fueron observadas por Bernal Díaz del Castillo luego del cruento combate de Tenochtitlán. Recuerda que cuando los sobrevivientes lograron refugiarse en aposentos inaccesibles para sus enemigos, se

contaba cada uno lo que le había acaecido y lo que Cortés mandaba, cuando tornó a sonar el atambor de Huichilóbos<sup>6</sup> y otros muchos atalejos, y caracoles y cornetas y otras como trompas, y todo el sonido dellas espantables y triste; y miramos arriba al alto cu<sup>7</sup>, donde los tañían, y vimos que llevaban por fuerza a reempujones y bofetadas y palos a nuestros compañeros que habían tomado en la derrota que dieron a Cortés, que los llevaban por fuerza a sacrificar; y de que ya los tenían arriba en una placeta que se hacía en el adoratorio, donde estaban sus malditos ídolos, vimos que a muchos dellos les ponían plumajes en la cabezas, y con unos como aventadores les hacían bailar delante del Huichilóbos, y cuando habían bailado, luego les ponían de espalda encima de unas piedras que tenían hechas para sacrificar, y con unos navajones de pedreñal les aserraban por los pechos y les sacaban los corazones bullendo, y se los ofrecían a sus ídolos que allí presentes tenían, y a los cuerpos dábanles con los pies por las gradas abajo; y estaban aguardando otros indios carniceros, que les cortaban brazos y piernas, y las caras desollaban como cueros de guantes, y con sus barbas las guardaban para hacer fiestas con ellos cuando hacían borracheras, y se comían las carnes con chimole; y de esta manera sacrificaron a todos los demás, y les comieron piernas y brazos, y los corazones y sangre ofrecían a sus ídolos, como dicho tengo, y los cuerpos que eran las barrigas, echaban a los tigres y leones y sierpes y culebras que tenían en la casa de las alimañas (Cap. CLII)<sup>8</sup>.

<sup>6</sup>Indudable deformación del vocablo Huitzilopochtli.

<sup>7</sup>Voz maya que hacía referencia a templos paganos.

<sup>8</sup>La descripción corresponde a una especie de zoológico.

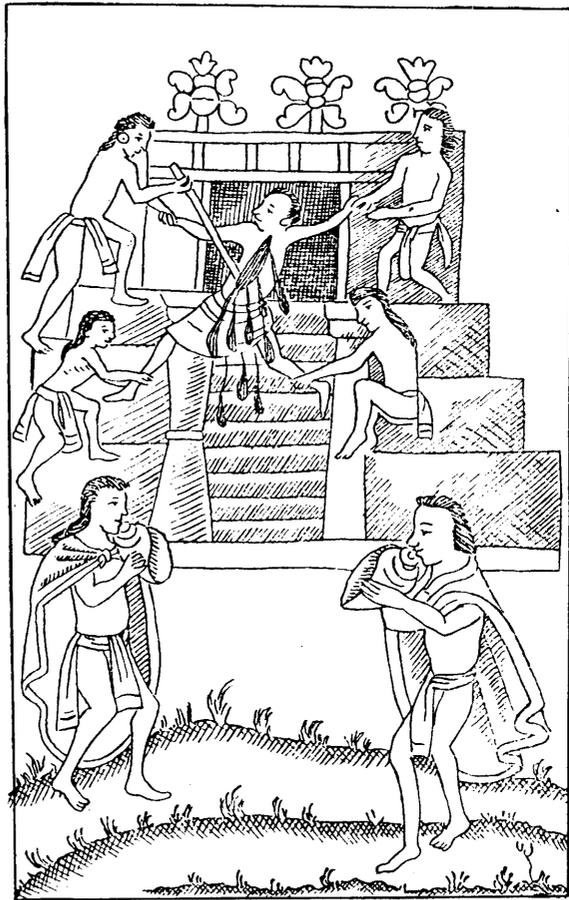


Figura 5. Los sacrificios se realizaban sobre la plataforma del templo, a la vista del pueblo (Códice Florentino).

La inmolación era una alegoría a la victoria de las divinidades aztecas sobre la cristiana y, al mismo tiempo, la despedida, en medio de danzas, de quienes contribuirían a alimentar al sol y, por tanto, irían a engrosar el número de espíritus que le acompañaban<sup>9</sup>. El espectáculo, sin embargo, era espantoso. Los conquistadores aterrados sólo atinaban a exclamar: "¡Oh, gracias a Dios, que no me llevaron a mí hoy a sacrificar!"<sup>10</sup>, suplicándole que les permitiera morir en batalla antes de ser apresados.

El relato, por otra parte, indica que el cuerpo del sacrificado servía de alimento a quienes participaban en la ceremonia. El padre Durán es más explícito al respecto:

<sup>9</sup>Los atavíos que colocaban a las víctimas según señalan ambos testimonios, corresponden a la vestimenta de la propia deidad, puesto que el sacrificado, al entregarle su sangre, se encarnaría en ella. Por tal motivo su partida era, también, celebrada con cantos y bailes.

<sup>10</sup>Bernal Díaz del Castillo, capítulo CLII.

Sacrificaban todos los presos y cautivos traídos de la guerra... todos, sin quedar ninguno, pocos o muchos. De donde, después de muertos, y echados abajo, los alcanzaban los dueños, por cuya mano habían sido presos y se los llevaban y repartían entre sí y se los comían celebrando la solemnidad con ellos. Los cuales, por poco que fuesen, siempre pasaban de cuarenta, o cincuenta, conforme a la maña que en prender y cautivar en la guerra se habían dado (I, III).

Los testimonios expresan de manera fehaciente que los aztecas practicaban el canibalismo. Este ha sido concebido como ritual: el hombre comparte el alimento de los dioses en una especie de comunión sangrienta que simboliza el papel asignado al pueblo escogido para nutrir al sol. Sin embargo Harner (1975) ha propuesto otra explicación. Basándose en las afirmaciones del padre Durán repara que los prisioneros tenían un dueño, el guerrero que los había apresado, y que era éste quien recibía el cuerpo para luego consumirlo junto a los miembros de su *calpulli* o los familiares de quienes integraban el escuadrón militar. Para Harner el rito constituía la solución destinada a paliar las necesidades de proteínas animales en una sociedad que carecía de ellas debido al incremento demográfico y su impacto en el ecosistema lacustre. De este modo el Estado azteca, a través de la religión, asumía el papel de redistribuidor de carne entre la gente común, los *macehuales*, puesto que perros, patos, ciervos, conejos y pescados parecen haber estado destinados sólo a la mesa imperial y de la nobleza.

Hay que hacer notar que las víctimas no pertenecían al pueblo mexica y que rara vez eran sacrificados de inmediato, como sucedió con los españoles. Las fuentes documentales tempranas indican que los prisioneros ofrecidos a las divinidades del agua y de la vegetación eran reverenciados como dioses por un largo período, puesto que al morir se encarnaría en la deidad a la que darían vida con su sangre.

En todo caso, el destino final de los cuerpos parece haber sido el mismo: contribuir a la dieta alimenticia del campesino. No de otro modo podemos explicarnos el que sólo la religión azteca en Mesoamérica haya creado mitos que exigían una permanente revitalización de sus deidades a través del precioso líquido que corría por la sangre humana. La misma obligación de mantener el flujo alimenticio hacia los seres superiores y el hombre común, llevó a la práctica de las llamadas *guerras floridas*, verdadero acuerdo económico con otras etnias, que también practicaban ofrendas humanas, aunque en menor escala, para proveerse de cautivos cuando éstos escaseaban. El pacto incluía esencialmente a las urbes relativamente cercanas de *Tlaxcala*, *Huejotzingo* y *Tenochtitlán*, especificando ciertos requisitos: establecer previamente el día del encuentro; éste sólo se reduciría a tomar prisioneros para sus sacrificios; las operaciones se suspenderían en caso de cualquier desastre natural y se prohibía apoderarse de las ciudades, cautivar a sus deidades o conquistar parte de sus territorios. El cumplimiento de dichas disposiciones aseguraba la continuidad del suministro de víctimas. El padre Durán escribe:

quiero decir a qué fin se ordenaban las guerras que entre México y Tlaxcallan y toda la generación tlaxcalteca había. Porque, como muchas veces habremos oído, con mucha facilidad sujetaban los mexicanos a Tlaxcallan y a Huexotzinco, y a Tepeaca y a Tecalla y a Calpa, Cuauh-tinchan, Acatzinco, Cuauhquecholan y Atlixco, como habían sujetado a todo lo restante de la tierra<sup>11</sup>.

Pero no querían, por dos razones que daban los reyes de México: la primera y principal era decir que querían aquella gente para comida sabrosa y caliente de los dioses, cuya carne les era dulcísima y delicada, y la segunda era para ejercitar sus valerosos hombres, y donde fuese conocido el valor de cada uno. Y así, en realidad de verdad, no se hacían para otro oficio ni fin las guerras entre México y Tlaxcallan, sino para traer gente de una parte y de otra para sacrificar (I, iii).

El mismo informante narra que el sacerdote Tlacaclael aconsejó a Moctezuma:

será muy acertado que nuestro mercado y feria sea en esas seis ciudades que he nombrado. Conviene a saber: Tlaxcala, Huexotzinco, Cholula, Atlixco, Tlilihuitepec y Tecoaac, la gente de los cuales pueblos tendrá nuestro dios por pan caliente que acaba de salir del horno, blando y sabroso.

La causa es porque están cerca, aquí junto, que no habrán ido nuestras gentes, cuando luego vuelvan con la presa. Los cuales vendrán calientes, hirviendo, y tenerlo han nuestros soldados en lugar de como quien se va a holgar o a caza. Y ha de ser esta guerra de tal suerte que no pretendamos destruirlos, sino que siempre se estén de pie, para cada y cuando queramos y nuestro dios quiera comer y holgarse, acudamos allí, como quien va al mercado a mercar de comer... (II, xxviii).

Es decir, las guerras floridas constituían, como lo declara el propio sacerdote, un mercado al cual acudían los siete pueblos en busca del sustento para sus divinidades cuando carecían de prisioneros de guerra. Es de hacer notar que sólo éstos eran sometidos al sacrificio. Los viejos, mujeres y niños se destinaban a la esclavitud. Los *pochtecas*, esos comerciantes a largas distancias, contaban, sin embargo, con el privilegio de poder ofrecer a sus dioses esclavos, siempre que no fuesen aztecas.

La enorme cifra de cautivos ofrendados físicamente ha sido interpretada como una forma de mantener el equilibrio entre la población y los recursos alimenticios. Cook (1946) postuló que correspondía a un intento de planificar la población tras el largo período de hambrunas que asoló a Mesoamérica en la primera mitad del siglo xv. Estima que el incremento de los sacrificios humanos

<sup>11</sup>Según se desprende de la información los mexicas dejaron pueblos sin conquistar con el único objetivo de tener cerca potenciales enemigos y atacarlos cuando se les agotaba la provisión de cautivos.



disminuyó el índice de natalidad en por lo menos un 50%. Aceptando dicha explicación, creemos que hubo otros factores que contribuían a ello, entre los cuales debió contarse el deseo de mantener sumidos por el terror a los pueblos que tributaban cuantiosas cantidades de materias primas y artículos elaborados, cuyo tráfico hacia Tenochtitlán era indispensable para el mantenimiento del sistema económico imperial. Por otra parte, las difíciles condiciones alimenticias del valle de México impedían conservar esclavos que, de un modo u otro, debían ser nutridos. Si se les liberaba pasarían a engrosar el número de potenciales enemigos, poniendo en peligro la hegemonía azteca en la región. En suma, la única opción práctica era sacrificarlos al amparo de los mitos que ellos mismos habían forjado, tornando el ofrecimiento en una obra de caridad puesto que

Tanto el sacrificador como la víctima sabían que el acto era necesario para salvar al pueblo de calamidades y al cosmos de derrumbarse (Davies, 1983: 11).

#### EL MITO Y LA ANSIEDAD PERSONAL DE LOS MEXICAS

La religión azteca tenía un marcado tinte pesimista derivado del mito de los cinco soles. Nada es eterno. La angustia se refleja incluso en la poesía. Un vate se lamentaba:

En vano nací, en vano vine a brotar en la tierra: soy un desdichado, aunque nací y broté en la tierra; digo "¿Qué harán los hijos que han de sobrevivir?".

Y otro:

¿Acaso es verdad que se vive en la tierra?  
¿Acaso para siempre en la tierra? ¡Sólo un breve instante aquí!  
Hasta las piedras finas se resquebrajan,  
hasta el oro se destroza, hasta las plumas preciosas se desgarran.  
¿Acaso para siempre en la tierra? ¡Sólo un breve instante aquí!<sup>12</sup>.

La existencia les parecía un sueño del cual despertarían, tarde o temprano, con el terrible movimiento de terremotos o el tronar de huracanes que eliminaría todo rastro de vida. Quienes lograsen sobrevivir serían devorados por los propios dioses creadores. Así se repetiría el ciclo que daría nacimiento a otro sol y a otros hombres condenados, desde el principio, a desaparecer.

Sólo unos pocos podían aspirar a una vida extraterrenal. Alcanzarla dependía de la forma en que morían. De tal modo las víctimas de la guerra o del sacrificio humano tenían un lugar asegurado en la casa del Sol, el *Tonatiuhichan*,

<sup>12</sup>Compilados por Angel María Garibay.

gozando de las delicias de grandes jardines floridos. Las mujeres muertas durante el parto iban a la casa del maíz, el paraíso *Cinacalco*. Los fallecidos por la acción de un rayo, ahogados en ríos y mares, o por efecto de la lepra u otra enfermedad relacionada con el agua, iban al *Tlalocan*, el paraíso de Tláloc, disfrutando de su perenne fertilidad. El resto estaba condenado a sumergirse en los territorios de Mictlán, el señor de la muerte.

Paradójicamente esta visión dramática del destino humano, creada por el Estado en concordancia con la religión oficial que exigía frecuentes sacrificios humanos, no era compartida por todos los aztecas. Subsistían ritos antiguos que permitían al hombre común variar el destino asignado por los dioses. Uno de ellos era la confesión concebida como un regalo de Tezcatlipoca y de Ixcuina que sólo podía recibirse una vez en la vida. En ella el arrepentido, previamente citado por el sacerdote, contaba toda su vida y sus faltas. Recibía una penitencia que incluía ayunos, laceraciones de la lengua, ofrendas a Ixcuina, o *Tlazolteótl*, como también se la conocía, tras lo cual quedaba en la seguridad de no ser castigado sobre esta tierra (Sahagún: vi, vii).

La casta sacerdotal había, pues, complicado a tal extremo la ideología que ésta sólo podía ser comprendida por quienes intervinieron en el proceso de sincretismo. Paradójicamente, ella los llenó de ansiedades al comprobar que mitos y leyendas los conducían hacia un congojoso fin que no podrían eludir. Así caerían en el holocausto de su propia creación.

Santiago, julio de 1984

## BIBLIOGRAFIA SUMARIA

- BENAVENTE, TORIBIO DE: *Historia de los indios de la Nueva España*. Editorial Porrúa S.A., México, 1555 1979.
- CASO, ALFONSO: *El pueblo del sol*. Fondo de Cultura Económica, México. 1953
- COOK, SHERBURNE: "Human Sacrifice and Warfare as Factors in the Demography of Pre-Colonial 1946 Mexico". *Human Biology*, 18: 81-102.
- DAVIES, NIGEL: *Sacrificios humanos*. Editorial Grijalbo, Barcelona. 1983
- DÍAZ DEL CASTILLO, BERNAL: *Verdadera historia de los sucesos de la conquista de la Nueva España*. 1568 Biblioteca de Autores Españoles, 26: 1-317.
- DURÁN, DIEGO: *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme*. Editorial Porrúa S.A., 1581 México, 1957.
- ELIADE, MIRCEA: *El mito del eterno retorno*. Alianza Editorial S.A., Madrid, 1972. 1951
- GARIBAY, ANGEL MARÍA: *Poesía Náhuatl i*. Universidad Nacional Autónoma de México, México. 1964
- 1962 *Poesía indígena de la altiplanicie*. Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- HARNER, MICHAEL: "The Material Basis for Aztec Sacrifice". *American Anthropological Association*, 1975 San Francisco.
- HARRIS, MARVIN: *Cannibals and Kings. The Origins of Culture*. Random House, New York. 1977
- KATZ, FRIEDRICH: *The Ancient American Civilizations*. Praeger Publishers, New York. 1972
- LÉVY-BRUHL, LUCIEN: *La mitología primitiva*. Ediciones Península, Barcelona, 1978. 1935
- PIÑA CHAN, ROMÁN: *Quetzalcóatl, la Serpiente Emplumada*. Fondo de Cultura Económica, México. 1977
- PORTILLA, MIGUEL LEÓN: *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*. Fondo de Cultura 1961 Económica, México.
- SAHAGÚN, BERNARDINO DE: *Historia general de las cosas de la Nueva España*. Editorial Porrúa S.A., 1582 México, 1975.
- SCHWIMMER, ERIK: *Religión y cultura*. Editorial Anagrama, Barcelona. 1982
- SÉJOURNÉ, LAURETTE: *Pensamiento y religión en el México Antiguo*. Fondo de Cultura Económica, 1957 México.
- SOUSTELLE, JACQUES: *El universo de los aztecas*. Fondo de Cultura Económica, México. 1982